

LLAMAS

— DE —

C

A

P

U

C

I

I

N

A

La cremallera de esas grandes carteras de piel son como la perenne e imborrable cicatriz de la contumaz cirugía con que a cada momento ponemos al aire los papeles de su intestino.

—  
Cuando hacemos gárgaras jugamos un poco a ser cigüeñas.

—  
El autor igual puede enterrarse en su libro que encontrar en él el elixir de la vida.

—  
El cadáver de la cerilla encuentra casi siempre sepultura bajo las cenizas de su víctima.

—  
En argot telefónico, al menos, es fácil adquirir nombre de conferenciante.

—  
Ante mi caricatura, suelo hacer ejercicios de humildad.

—  
Arrojaban los viajeros por las ventanillas tantas mondas de plátanos y naranjas que parecía el otoño del tren.

—  
Los automóviles tienen el faro piloto eternamente enfermo de conjuntivitis.

—  
Cuando la guardabarrera sale a recibir al tren, parece que intenta proteger a todos los suyos contra el genio del mal esgrimiendo ante el monstruo el talismán de su bandera roja.

José CANAL

## ALMA DE APOSTOL

Al Excmo. Sr. Obispo de Coria-Cáceres que tan hondamente ha sentido el problema de las vocaciones sacerdotales y con tanto tesón ha levantado esos pabellones con los sueños de un futuro apostolado.

I

—¿A dónde vas tan temprano?

*Espérate, no te inquietes;*

*La aurora no ha despertado*

*Ni el horizonte emblanquee*

*¿A dónde vas tan temprano?*

*Aguarda a ver si amanece.*

—*Madre, no puedo esperarme,*

*En la médula del alma el sentimiento me duele.*

*Son pocos los segadores en los sembrados divinos;*

*Muchas espigas perecen.*

*¡Déjame, déjame, madre:*

*Siento el llorar de las mieses;*

*Me rasguñan en el alma, me arañan el corazón*

*Esas lágrimas que vierten!*

*¡Cómo lloran los trigales!*

*¡Cómo lloran los trigales la semilla que se pierde!*

*No puedo esperarme, madre:*

*Siento el valor infinito del oro desvanecerse.*

*¿No oyes gritar los sembrados  
Con un desgarró de muerte?*

## II

*—Siéntate, vendrás cansado.*

*¿Cómo es que tan tarde vienes?*

*—No vengo cansado, madre,*

*Mi vocación me sostiene.*

*Tampoco se me hizo tarde*

*Viendo morir abrasados los alientos de las mieses.*

*—¿Por qué lloras? Ven, descansa,*

*Siento que tus ojos negros de ansiedades se te mueren.*

*—Déjame, madre, que llore;*

*Déjame al menos que sueñe...*

*Que fueron a la panera*

*Los granos que vi caerse.*

*—¿Te sientes mal, hijo mío?*

*Dime, segador, ¿Qué tienes?*

*—Una pasión enredada en los campos de la muerte;*

*Un amor entre los surcos y una pena insoportable...*

*De ver pocos operarios y de ser muchas las mieses.*

P. GONZÁLVEZ



## FIGURAS EXTREMEÑAS

## PEDRO de VALENCIA

Por JULIAN SANCHEZ-MARIN PANIAGUA

Hoy, que se buscan antecedentes históricos para justificar la implantación de ciertas orientaciones asistenciales a las medidas contra el desasosiego social, necesitamos volver la mirada hacia nuestro archivo humano para desempolvar figuras como la de Pedro de Valencia, en Extremadura, quien tuvo el genial atisbo de informar a los hombres de su generación de los males sociales, indicando sus causas y sus posibles remedios, mediante el examen razonable y metódico de la debatida, traída y llevada cuestión social, en el estudio de cuyo desarrollo ocupó sus mejores entusiasmos y su acción constructiva.

Hombre de vocación incisiva y espíritu de observación, de indudable formación religiosa y cultural, dedicó sus afanes y desvelos a la defensa decidida del débil contra el fuerte, con su ejemplo personal de desinterés por los objetivos de carácter material que le brindaba la vida que consagró al servicio del desvalido y del económicamente impotente y dependiente.

Pedro de Valencia es, en este terreno de lo social, para nosotros, extremeños, una de las figuras más significativas de toda una época histórica, que desde su atalaya pueblerina, como el P. Feijóo desde la abadía de Samos, supo calibrar el alcance de la calamitosa situación social a que estaba sometido el hombre de sus días, con caracteres de eficiente claridad después no igualados por ningún otro estudioso de la materia.

Extremeño de pura cepa, batallador incansable en la lucha por la distribución más razonable de la riqueza, habló ya de la necesidad de considerar en todo momento al hombre sujeto de respeto en su consideración de persona humana, portador de valores eternos.

Las consideraciones que Pedro de Valencia formula sobre las relaciones entre el capital y el trabajo constituyen una original forma personal de enjuiciar los problemas humanos con un criterio de valoración exacto y racional. No hay para este sociólogo extremeño más solución humana al problema de la miseria, en medio de la riqueza ostentosa, que la distribución más razonable de los recursos materiales entre todos los hombres. El problema no es de producción ni de consumo, es de circula-